

Dominick Dunne

Una mujer inoportuna

Traducción de Pablo Mediavilla Costa

Primera edición, 2019

Título original: *An Inconvenient Woman*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1990 by Dominick Dunne

© de la traducción, Pablo Mediavilla Costa, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de la cubierta: © melanjurga/iStock

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-79-9

Depósito legal: B. 13.380-2019

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Griffin y Carey Dunne, con amor

Con el tiempo, acabó siendo vilipendiado y deshonrado; el arzobispo Cooning le denunció desde el púlpito de Santa Vibiana como un pervertido, y las palabras del arzobispo se esparcieron por la tierra. Pero antes de la deshonra y del vilipendio, Jules Mendelson se encontraba, al menos en apariencia, en la cima del mundo: tenía un aspecto impresionante, una magnífica esposa y era admirado de la forma en que los muy ricos son admirados en América.

Clouds, la finca de los Mendelson que domina Los Ángeles desde su imponente cumbre, permanece deshabitada pero cuidada, a pesar de que los enormes portalones de hierro que en su día flanquearon la entrada de una residencia ducal en Wiltshire están descoyuntados, sus bisagras desenjacadas por vándalos. El guarda a cargo ha reforzado los portones con tablas de madera contrachapada para disuadir a los curiosos de mirar dentro; pero, aunque pudieran hacerlo, no verían nada de la casa ni de los jardines, ya que, a una decena de metros, el camino gira bruscamente a la derecha. El invernadero de Pauline Mendelson, donde cultivaba sus orquídeas, ha caído en el abandono, pero las perreras aún se mantienen en pie, y una jauría de perros guardianes patrulla el terreno por la noche, como siempre.

Hubo un tiempo en que la gente decía que las vistas desde

Clouds eran las más bonitas de la ciudad. Pauline Mendelson, consciente de ello, había dispuesto una habitación para disfrutar al máximo del amanecer sobre el perfil recortado del centro de la ciudad, en la que ella y Jules debían desayunar juntos, aunque nunca lo hicieron, salvo una vez; y otra habitación para ver la puesta de sol sobre el océano, donde, muchas tardes, sí se reunieron para beber juntos una copa de vino y comentar los acontecimientos del día antes de cambiarse para la cena.

Es probable que nadie se haya comportado con tanta dignidad ante un escándalo como Pauline Mendelson. Todo el mundo está de acuerdo en eso. Mantuvo la cabeza alta y no invitó ni a la lástima ni al escarnio. La ciudad, o esa parte de la ciudad con la que se relacionaban, estaba arrebatada por la emoción. No había ocurrido nada tan apasionante en años, salvo entre la gente del cine, y nadie que conocieran se veía con la gente del cine. En el transcurso del mismo año en el que tuvieron lugar los acontecimientos que entretuvieron a la ciudad durante tantos meses, Pauline pasó a ser Lady St. Vincent y se mudó a Inglaterra. No solo se casó rápido, sino que también, siendo una de las hermanas McAdoo, las casaderas McAdoo, como los diarios las llamaban a veces, se casó sumamente bien, aun bajo tan terribles circunstancias. La gente dice que todo rastro de su vida como esposa de Jules Mendelson ha sido eliminado por completo, y que en su nueva vida no está para nadie que la conociera de Los Ángeles, ni siquiera para Rose Cliveden, y sabe Dios que si alguien era buena amiga de Pauline Mendelson esa era Rose Cliveden.

Hubo momentos espléndidos en Clouds durante más de veinte años. Bastaba con mirar las firmas en los libros de visita el día que fueron puestos a subasta en Boothby's —junto al mobiliario, los efectos personales y, por supuesto, la extraordinaria colección de arte— para hacerse una idea del apetito voraz de Pauline Mendelson por lo que ella siempre llamaba «la gente interesante». Respecto a los cuadros, o la subasta

de los cuadros, todavía hoy existe indignación en el mundo del arte. El Metropolitan de Nueva York afirmó que le habían prometido la colección. El museo County de Los Ángeles dijo lo mismo, así como el Kimbell de Fort Worth. Y había otros museos con reclamaciones menores. Pero eso era típico de Jules Mendelson. Le encantaba que le persiguieran los directores de los museos — que le cortejaran, como él decía — y oírles alabar su magnífica colección. Disfrutaba paseándoles por los salones y las habitaciones de su casa, explicando detalladamente el origen de cada cuadro, así como la etapa vital del artista en el momento en que había pintado la obra. Le gustaba que cada uno de ellos pensara que su museo sería, a su debido tiempo, el que acogería la colección; y con certeza quería legársela a uno, porque solía decir, incluso en entrevistas, que bajo ningún concepto deseaba que la colección se disgregara, y que dejaría una provisión para la construcción de un ala, el ala Jules Mendelson, para albergarla. Pero el hecho es que, aunque tuvo el propósito, nunca hizo esa aportación, como tampoco la que pensaba hacer a Flo March. O la pobre Flo, como pasó a ser conocida. Fue Pauline la que decidió separar la colección y subastarla junto al mobiliario y los efectos personales, todas las obras salvo las *Rosas blancas* de Van Gogh y la escultura de la bailarina de catorce años de Degas, con su original lazo rosa en el pelo; las cuales, se dice, ya están instaladas en la abadía de Kilmartin en Wiltshire.

Pauline Mendelson era una de esas personas plenamente integradas en los círculos selectos de varias ciudades, aunque diera la sensación de no pertenecer a ninguno. Aun después de veintidós años de vida en Los Ángeles y de haberse convertido en una ilustre ciudadana allí, Pauline siempre pareció más una visitante que una local. Sus fiestas en Clouds eran famosas, y con razón. No dejaba nada al azar. Fue en una de esas fiestas como el joven Philip Quennell entró en la órbita de la conocida pareja. A Pauline le gustaba invitar a escritores y artistas a su

casa para que se mezclaran con sus amigos de las altas esferas. Philip la había visto una vez, comulgando en el funeral de Andy Warhol en la catedral de San Patricio, y ya se habían encontrado antes de eso, por casualidad, durante el entreacto de una obra en Nueva York. Pauline conocía a la madrastra de la mujer que le acompañaba, y, después de las presentaciones, las dos charlaron un poco mientras Philip permanecía de pie, mirándola. Hablaba en un elegante contralto. «Terriblemente ligera, ¿no es así?, pero entretenida, ¿no?», había señalado sobre la obra. Contestaron que sí. «Horrible lo de Rocky, ¿verdad?», dijo acerca de alguien a quien Philip no conocía, pero su acompañante sí, y cuyo avión privado se había estrellado hacía poco. «Sus dos pilotos murieron, pero él se recuperará, con el tiempo», añadió Pauline.

Y luego sonó el timbre anunciando el comienzo del segundo acto y ya no la volvieron a ver. Dada esta mínima aproximación a Pauline Mendelson, Philip Quennell se sorprendió, por tanto, al recibir una invitación a su fiesta, entregada personalmente por su chófer en el hotel, el mismo día que llegó a Los Ángeles para la que resultó ser una visita considerablemente más larga de lo que nunca podría haber anticipado. Era su cumpleaños. Tenía veintinueve años, cumpliría los treinta esa noche, pero, por supuesto, ese hito que solo él conocía no podía tener nada que ver con la invitación de Mr. y Mrs. Jules Mendelson, como rezaban los nombres grabados en la tarjeta de color crudo.

Llegaba tarde. Se lo dijo el aparcacoches. También la sirvienta que le abrió la puerta. Dentro, en una consola del vestíbulo, los pequeños sobres que contenían la disposición de los invitados en las mesas habían sido dispuestos por orden alfabético. Solo quedaba uno, el suyo. El sonido jovial de sesenta voces, hablando y riendo, llegaba desde una habitación interior. A pesar del retraso, con el mayordomo apremiándole en dirección a las voces — «Están a punto de sentarse», insistió —, a Philip le resultó imposible no advertir la grandiosidad del interior de la

casa de los Mendelson. Había seis puertas que daban al salón central. Una escalinata curva de soberbias proporciones parecía ascender sobre anclajes invisibles; en las paredes de muaré verde colgaban seis cuadros de nenúfares de Monet —el primer encuentro de Philip con la colección de arte de Mendelson—; debajo, en la base, había montones de orquídeas dispuestas en macetas y jarrones chinos de color azul y blanco.

—Precioso —dijo Philip a nadie en particular.

—Es la afición de la señora Mendelson —dijo una mujer con aire competente y aspecto de secretaria.

—¿Cómo? —preguntó Philip.

—Las orquídeas. Las cultiva ella misma.

—Ah.

—¿Puede firmar primero el libro de visitas, por favor? —dijo la mujer.

Le dio un bolígrafo, y Philip escribió su nombre debajo del de un expresidente y su primera dama y del de la gran estrella de cine Faye Converse, ya retirada. Revisó las firmas. Aunque no conocía personalmente a nadie, sí reconoció muchos de los ilustres nombres. No era la clase de gente con la que Philip Quennell estaba acostumbrado a cenar.

Justo en ese momento, una de las seis puertas se abrió, y los sonidos de la fiesta aumentaron de tono mientras Jules Mendelson entraba en el vestíbulo. Cerró la puerta y cruzó el suelo de mármol con la determinación de un hombre reclamado por una importante llamada telefónica. Era gigante, a lo alto y a lo ancho, poco agraciado y atractivo al mismo tiempo, dueño de un aspecto que, probablemente, intimidara a los pusilánimes. Su aura de poder le envolvía como un fuerte aroma. Sin embargo, al conocerle, la gente descubría que podía ser sorprendentemente amable y, más sorprendente todavía, un caballero. Cuando los biógrafos de grandes prohombres le preguntaban por sus recuerdos sobre sus sujetos de estudio, Jules respondía siempre —si es que no podía escabullirse— con amabilidad e indulgen-

cia, incluso acerca de grandes hombres que no le gustaban o con los que había tenido disputas, ya que siempre fue consciente de que su propia biografía sería una realidad en algún momento futuro.

Philip lo miró, fascinado, de una forma en la que, en adelante, vería a mucha gente mirar a Jules Mendelson. Presentado por la secretaria, Mendelson le dio la mano a Philip al pasar, lo escudriñó y lo catalogó al instante como una de las «personas interesantes» de Pauline, en las que tenía muy poco interés. Figuras políticas (senadores y de ahí para arriba), embajadores, magnates de los negocios como él y directores de museos eran la clase de personas que le interesaban. Alguien escribió en un artículo de una revista que Jules Mendelson había simplificado la ortografía de su apellido de Mendelssohn a Mendelson porque calculó que perdería siete minutos y medio cada día corrigiéndolo y deletreándolo. Su bisabuelo era primo segundo de los Mendelssohn de Berlín, una de las familias más importantes de la alta burguesía judía y de la baja nobleza de antes de la guerra. Nacido en Chicago, Jules Mendelson había recibido su herencia y la había convertido en una vasta fortuna. Todo eso formaba parte de su historia pública.

—Siento llegar tan tarde, señor —dijo Philip—. Mi avión procedente de Nueva York ha aterrizado por la tarde, pero una de mis maletas, la que llevaba mi esmoquin, se extravió.

A Jules no le importaba ni quería saber nada de una historia tan anodina. Tenía su propio cometido en mente.

—Pase, pase, señor Quennell —dijo, señalándole con la mano una habitación a la derecha—. Pauline está en el salón principal. Debo atender una llamada y me uniré a ustedes luego.

El año pasado, cuando Malcolm McKnight, que está escribiendo una biografía de Jules Mendelson, preguntó a Philip Quennell qué impresión tuvo de él la primera vez que se vieron, Philip recordó el momento y dudó.

—¿Qué le ha venido a la cabeza? —insistió Malcolm.

Philip no se decidía a contarle a McKnight que lo que le vino a la cabeza fue lo maravillosamente bien cortado que estaba el esmoquin de Jules Mendelson, para ser un hombre tan enorme. Lo que sí le dijo a Malcolm fue:

—Pensé que era un hombre al que nunca querría contrariar —que era lo segundo que había pensado.

Para ser un recién llegado sin contactos, a Philip le fue asignado un asiento extraordinario esa noche, entre Camilla Ebury, de la que habría de enamorarse, y Rose Cliveden, una celebridad local, pasada ya la mediana edad, que causaría, a buen seguro sin intención, algunos desórdenes en la vida de su gran amiga Pauline Mendelson. La razón para el excelente emplazamiento de Philip Quennell, no obstante, no tenía nada que ver con su atractivo como invitado. Un hombre llamado Hector Paradiso había cambiado las tarjetas antes de la cena, por razones que solo él conocía, y se había sentado en la que Rose Cliveden consideraba una posición mejor, en la mesa ocupada por la ex primera dama.

—Vivir por la tarjeta de la mesa, morir por la tarjeta de la mesa —dijo Rose Cliveden, sentada a la izquierda de Philip. Estaba ligeramente achispada y muy molesta mientras volvía sobre el descaro de Hector Paradiso por tercera o cuarta vez. En su cuello se intuía la presencia de un bocio, que se movía de arriba abajo mientras hablaba con una voz engravecida por años de fumar en exceso.

—Imaginad a Hector cambiando las tarjetas. Se lo tiene muy creído últimamente.

—Tenga cuidado con lo que le cuenta a Rose —dijo Camilla Ebury, a su derecha—. No importa lo borracha que esté, se acuerda de todo. Memoria infalible.

—¿Quién es Rose Cliveden? —preguntó Philip.

—El viejo Los Ángeles. Viejo dinero. Vieja amiga de Pauline. Casada tres veces. Divorciada otras tres. En una ocasión tuvo un romance con Jack Kennedy. En la Casa Blanca. En el dormitorio

Lincoln. O eso dice ella. Se la conoce por sus exageraciones. ¿Qué más quiere saber?

—Excelente perfil —respondió Philip—. Podríamos ser colegas de profesión.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó ella.

—Acabo de llegar hoy para escribir un documental. Sinceramente, estoy sorprendido de haber sido invitado aquí esta noche.

—Pauline colecciona personas —respondió Camilla Ebury.

Era guapa de una forma discreta, inadvertida para Philip en un principio. Llevaba el pelo rubio peinado al medio y recogido con dos horquillas doradas, un estilo que él asociaba con las debutantes que solía ver en los bailes cuando estaba en Princeton. Según descubrió Philip a su debido tiempo, había enviudado hacía poco, a pesar de que solo tenía uno o dos años más que él.

Como en el caso de Pauline y de todas las mejores amigas de Pauline, el rango de conversación de Camilla se situaba en una escala más elevada, al menos económicamente, que la suya.

—Nunca se muera en un país extranjero si no sabe hablar el idioma —dijo, rememorando la súbita muerte de su marido en una calle de Barcelona—. Es una absoluta pesadilla. La embajada no sirvió para nada. Gracias a Dios que tenía a Jules Mendelson. Hizo unas pocas llamadas y lo arregló todo, y pude enviar al pobre Orin de vuelta a casa.

A esas alturas, al darse cuenta de que él la escuchaba atentamente, tomó su tarjeta y leyó su nombre, a pesar de que ya se lo había dicho un par de veces.

—Philip Quennell. ¿Por qué ha venido hasta aquí, al Dorado Oeste?

—Para escapar del calor —dijo.

—¿Qué calor?

—Algo que escribí ofendió a algunas personas muy importantes, las cosas se calentaron y pensé que sería mejor si dejaba Nueva York por un tiempo.

—¡Oh, Señor! ¿Usted es el autor de ese libro que enfureció a todo el mundo en Nueva York? —preguntó.

Era él.

—Sí.

—Con razón Pauline le ha invitado —dijo Camilla, sonriendo—. Es la clase de asunto que adora.

Cuando sonreía, le aparecían unos enigmáticos hoyuelos en las mejillas y sus ojos brillaban. Los dos se miraron con interés creciente.

—¿Alguien le golpeó? Creo que lo leí.

En efecto, había escrito un libro, acerca de la compra a crédito de una gran empresa, que había ofendido a bastantes personas importantes en el mundo de los negocios de Nueva York. Una figura muy conocida de Wall Street amenazó con hacer que le rompieran las piernas y ni Philip ni su abogado se tomaron la amenaza como una simple manera de hablar. Se sabía que la reconocida figura tenía «conexiones», como suelen llamarse. Cuando Casper Stieglitz, un productor de Hollywood, contactó con él a través de su representante para saber si podría estar interesado en escribir un guion para un documental sobre el creciente consumo de drogas en la industria del cine, cogió la oportunidad al vuelo, aunque no supiera nada en absoluto ni de la industria del cine ni del creciente consumo de drogas en ella. Aceptó sin pensárselo porque creyó que una estancia pagada de cuatro o cinco meses en el sur de California podía ser exactamente lo que necesitaba en tales circunstancias.

—Es una fiesta maravillosa —dijo Philip, echando un vistazo alrededor de la sala.

Camilla, siguiendo su mirada, asintió.

—Las fiestas en casa de Pauline siempre lo son —dijo.

—¿Hay un motivo para una velada como esta? Quiero decir, ¿hay un invitado de honor, un cumpleaños, un aniversario o algo parecido? ¿O es que ustedes, la gente de por aquí, juntan a sesenta personas para cenar, con vinos poco comunes y contra-

tan una orquesta cada noche?

Camilla se rio.

— Tiene razón. Es bastante especial. No debería darlo por sentido, pero llevo tantos años asistiendo a estas fiestas que quizás he perdido mi perspicacia.

— Nunca debería perder su perspicacia, señorita Ebury — dijo Philip—. O su oído. Podría perderse algo.

Camilla miró a Philip, interesada.

— Camilla — dijo ella.

— Soy Philip — contestó él.

— Lo sé.

— ¿Quién es toda esta gente? — preguntó Philip, levantando la mano para referirse a los invitados—. Al margen del expresidente y de la estrella de cine, quiero decir.

— Oh, el núcleo, supongo. Mi padre solía describirlos como la clase de gente que puede mantener las cosas alejadas de los periódicos — dijo Camilla.

— ¿Qué clase de cosas?

— Oh, cosas.

— El bosque está lleno de cuerpos, ¿es eso lo que quiere decir? Ella se rio.

— Es una forma de decirlo.

Philip miró de nuevo la sala.

— Esto es bastante glamuroso. Al menos para mí.

— Supongo que es así cuando se está de paso, como usted, unos pocos días o unas pocas semanas, pero si se quedara más tiempo, empezaría a ver que cada velada es una variación de la misma melodía, excepto en casa de los Mendelson, donde son un poco más extravagantes; pero claro, los Mendelson no son realmente angelinos en el sentido en el que el resto de nosotros lo somos, nacidos y criados aquí. Somos unos doscientos o trescientos y cenamos juntos en combinaciones aleatorias; rara vez ampliamos el círculo y rara vez leerá sobre nosotros en los periódicos — sonrió casi como excusándose e hizo un gesto de resignación.

—Siga. Estoy fascinado —dijo Philip.

—Bueno, nunca nos mezclamos con los del cine, y solo en ocasiones con la gente de Pasadena, dejando a un lado las recepciones oficiales o actos benéficos, como en museos o en el Music Centre. No digo que esté bien, pero es como es y como siempre ha sido. Si quiere saber la verdad, me encantaría conocer a algunas estrellas del celuloide.

Philip sonrió. Camilla miró a Philip y vio que le prestaba toda su atención. Se acercó a él y bajó la voz.

—Ahora que lo menciona, creo que en un principio sí había un motivo para esta fiesta. Todos pensábamos que esta noche se anunciaría que Jules va a ser enviado por el presidente a Bruselas para encabezar la delegación americana durante la fundación de la Unión Europea. Significaría estar allí todo 1993, al menos, y Pauline lo está deseando. Habla un francés perfecto y creo que a veces se aburre aquí.

—¿No va a suceder? —preguntó Philip.

—Oh, sí, va a suceder, pero no se va a anunciar todavía, al parecer.

Philip asintió.

—Muy buena la sopa —dijo.

—Maravillosa.

Una fiesta en casa de los Mendelson era, incluso para los iniciados, una experiencia embriagadora. La comida la preparaba su propio chef, una reconocida figura en los círculos gastronómicos; y el vino, de la bodega personal de Jules Mendelson, era soberbio. Había orquídeas y antigüedades y obras de arte de valor incalculable en cada pared de cada habitación. La biblioteca, que los Mendelson usaban como sala de estar cuando no tenían invitados, estaba decorada con más cuadros franceses, mobiliario inglés y sillones y sofás tapizados de satén estampado. Había una mesa larga ocupada por fotografías en

marcos plateados, entre las que se contaban varias de Pauline y Jules con presidentes y primeras damas en cenas en la Casa Blanca, así como retratos firmados de los monarcas de España y de Reino Unido. Había una mesa a juego en el otro lado de la estancia para las revistas, renovadas semanal o mensualmente, y los periódicos, cambiados a diario. Las altas ventanas de estilo francés, decoradas con elaboradas cortinas y cenefas, daban a una terraza con mesas y sombrillas y, más allá, a un jardín y a un prado. «¡Qué maravilla!», decían siempre de la habitación las personas que visitaban a los Mendelson. Así que se puede disculpar a Philip Quennell, un recién llegado a semejante grandiosidad, por resoplar y exclamar cuando entró en la biblioteca buscando un baño y vio las *Rosas blancas* de Van Gogh, casualmente su cuadro preferido, colgando sobre la chimenea.

—Dios santo —dijo aproximándose y mirando hacia arriba.

Sabía bien que su valor era de, al menos, cuarenta millones de dólares, incluso con el mercado del arte cotizando a la baja. Quería tocar la densa y vívida pintura, y estuvo a punto de hacerlo, pero se contuvo. Sintió que no estaba solo en la habitación. Se giró y vio a Pauline Mendelson, sentada en una silla junto al teléfono o, mejor dicho, apoyada en el borde de la silla junto al teléfono.

—Es mi tesoro —dijo refiriéndose al cuadro—. Fue el regalo de boda de Jules hace veintidós años.

Su aspecto, como en todas las fotografías que había visto de ella, era resplandeciente, y vestía, estaba seguro, de alta costura de París; terciopelo negro cortado a la manera clásica, sin superposición alguna a las modas de la temporada. Era más elegante que guapa, aunque en las columnas de sociedad y en las revistas de moda siempre se la describiera utilizando esa palabra: «guapa». Era alta y esbelta, y aun sin las dos hileras de perlas del tamaño de uvas que lucía, Philip hubiera advertido su espectacular cuello —le vino como un fogonazo a la mente la fotografía

de Avedon que lo mostraba—. No era de extrañar que estuviera casada con uno de los hombres más poderosos del país. Habría sido impensable imaginarla en un matrimonio menor.

—Vi este cuadro en la exposición de Van Gogh en el Met —dijo Philip.

—¿Ah, sí? —respondió ella.

No era posible, pensó Philip, que hubiera estado llorando, pero había un ligero rastro de humedad en sus ojos y algo descompuesto en su expresión. Pauline se levantó y se acercó a una mesa sobre la que colgaba un espejo Chippendale. De una caja sacó un pequeño estuche de maquillaje y un pintalabios y, con ademán experto y rápido, se retocó la cara. Él advirtió que se sentía bastante cómoda lejos de sus sesenta invitados y que no tenía ninguna prisa por terminar la conversación y volver con ellos.

—A menudo me he preguntado quién sería el dueño. Recuerdo lo que ponía en la cartela: «En préstamo. Coleccionista privado».

—Ese fue su primer y último préstamo, créame. Nunca dejaré que salga otra vez de esta casa. Fue una pesadilla. La montaña entera parecía custodiada cuando se lo llevaron para transportarlo a la Costa Este.

—¿Por qué?

—Seguridad. No se imaginaría el dispositivo, incluso con helicópteros de la policía revoloteando por encima. Después de haber publicitado tanto el asunto, les aterraba que pudieran robarlo. Dicen que está valorado en... Oh, no me atrevo ni a decirle lo que aseguran que vale, pero sé que es una cifra ridícula, teniendo en cuenta que el pobre Van Gogh nunca fue capaz de venderlo.

Hablaba rápido, apenas deteniéndose en comas y puntos, en voz baja y susurrante, con esa clase de acento que nadie puede imitar a no ser que haya tenido *nannies* inglesas, institutrices francesas y estudiado en una escuela como Foxcroft. Philip en-

tendió por qué la gente sofisticada se sentía intrigada por ella, por qué la citaban y la imitaban.

—Además —continuó—, lo eché de menos todo el tiempo que no estuvo ahí colgado sobre la chimenea. Me parece un cuadro reconfortante, y la habitación estaba desamparada sin él. Probé a poner otros cuadros en su lugar, pero nada quedaba bien después de las *Rosas Blancas*. Me fascina ese color verde del fondo.

—Oh, sí —respondió Philip, mirándolo de nuevo.

—¿Es cierto que Reza Bulbenkian amenazó con romperle las piernas? —preguntó Pauline inesperadamente.

—Sí.

—¿Cree que lo dijo en serio?

—No estoy seguro.

—Mmm —musitó ella.

—¿Conoce a Reza Bulbenkian? —preguntó Philip.

—Jules pertenece al consejo de administración de su empresa y él al de la de Jules, y yo a veces quedo para comer con Yvonne Bulbenkian cuando estoy en Nueva York.

—Esa mujer es un caso.

—¿Verdad? —Pauline asintió, sonriendo—. Hector dice... ¿Ha conocido a mi amigo Hector Paradiso? Muy malvado pero también muy divertido. Hector dice que Yvonne tiene callos en las manos a causa de su escalada social —Pauline se rio—. Les puso de nombre a sus gemelos Oakley y Ogden, ¿puede imaginarlo?, y les habla en francés. Pobres criaturas. Nueva York está tan cambiada. O, más bien, me temo, ha dejado de gustarme. No tiene nada que ver con la ciudad que era cuando viví allí —se acercó a una orquídea *Cymbidium* y arrancó un brote moribundo—. ¿Cuánto tiempo se va a quedar en California?

—Varios meses, si todo va bien. He venido a escribir un guion.

—Lo sé. Para Casper Stieglitz.

—Usted, en efecto, lo sabe todo.

—No conozco a Casper Stieglitz. No vemos a mucha gente del cine.

—Excepto a Faye Converse.

—Faye es diferente. Faye pertenece al mundo en general, no solo a Hollywood. Faye habla de otras cosas, no solo de lo que ocurre en el set, que es tan aburrido, ¿no cree? Jules odia las conversaciones sobre cine.

—Ha sido muy amable por su parte invitarme esta noche, señora Mendelson.

—Es usted todo un fichaje, gracias a la amenaza de Reza Bulbenkian; y es Pauline, no señora Mendelson, y yo, por supuesto, voy a llamarte Philip. Pareces demasiado joven para haber causado tantos problemas. ¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve hasta la medianoche; luego, treinta.

—Cielos, hay que celebrarlo.

—Oh, no, por favor —y lo dijo en serio—. Nada de eso. Estoy seguro de que no te acuerdas, pero ya nos conocíamos.

—De hecho, sí me acuerdo. En el teatro, en aquella ridícula obra. Tú estabas con Mary Finch. Su madrastra fue una de las damas de honor en mi primera boda.

—¿Cómo está Rocky? El del accidente de avión en el que murieron sus dos pilotos.

—¡Qué memoria! Rocky está completamente recuperado. Se va a casar otra vez. Hasta se ha comprado un avión nuevo.

—Así se hace, Rocky —dijo Philip.

—¿Qué tal lo estás pasando con Camilla?

—Es muy agradable.

—Viuda reciente.

—Me ha contado que su marido murió de repente en Barcelona.

—Así es. Sabes quién es, ¿no?

—No.

—La hija de Sam Worthington.

A Philip el nombre no le decía nada.

—¿Eso es bueno? —preguntó.

—Gas natural.

—Supongo que eso es bueno —concluyó Philip, y los dos se rieron.

En ese momento, Jules Mendelson entró en la habitación. Su enormidad llenó el umbral.

—Pauline, la gente te está buscando.

—Sí, ya voy, Jules —dijo Pauline, volviéndose hacia él.

—Me siento perdido en estas fiestas si no estás —le dijo él, como si Philip no estuviera allí.

—Oh, Jules, no seas tonto.

—Es a ti a quien vienen a ver, ya lo sabes. Todo se apaga cuando no estás.

—¿No es un encanto este marido mío? —preguntó Pauline mirando a Philip y haciendo un ademán a Jules.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jules.

Hubo una pausa y ella dijo:

—Ha llamado Kippie.

Jules miró a su esposa.

—¿Kippie? ¿Desde Francia?

—No, desde aquí. Ha vuelto.

—¿Aquí? ¿A Los Ángeles?

—Sí.

—¿Va a venir?

—No.

—¿Desde dónde ha llamado?

—No lo sé, Jules. No me lo ha dicho.

—¿Va todo bien?

—No —respondió ella. Se miraron un instante.

Consciente de la presencia de Philip, Jules continuó la conversación, pero en voz más baja, como si Philip no pudiera oírlo.

—¿Qué quería?

—Dinero, ¿qué otra cosa iba a querer? —respondió Pauline, en el mismo tono.

—No se lo daré.

—Lo sé, Jules. Es lo que le he dicho.

— Ya lo hablaremos luego, después de la fiesta. Esperaré — dijo mirando a Philip.

— Sí — contestó Pauline. Philip se sorprendió por el deje triste de su voz.

— Tu amigo Hector cambió las tarjetas de las mesas — dijo Jules, en un tono de reprobación pensado para distraer a su esposa del problema.

— Lo sé. Es una larga historia. No sabía que Hector y Rose ahora no se hablan — dijo Pauline.

Philip notó que Pauline estaba haciendo un esfuerzo por sacudirse la tristeza de lo que fuera que le preocupaba y por retomar su papel de anfitriona.

— Pero ya conoces a Hector, Jules. Mañana estará todo arreglado entre él y Rose, y tendrá una historia divertidísima que contar al respecto.

— Me temo que mi entusiasmo por Hector es más contenido que el tuyo — respondió Jules.

— Ahora no, Jules. ¿Conoces a Philip Quennell?

— ¿Cómo está, señor Quennell? — dijo Jules mientras le ofrecía su mano. No parecía recordar que se habían conocido hacía hora y media en el salón de la entrada.

— ¿Te ha gustado el vino tinto? — le preguntó Jules a Pauline.

— Maravilloso, Jules.

— De la subasta de Bresciani. Château Margaux.

— Oh, lo sé, cariño. Todo el mundo lo ha comentado en la mesa.

— ¿Te has fijado en el color? ¿Y en el cuerpo? Jean-Pierre dice que tiene todas las características de *une grande année*.

— Soberbio. Todos han coincidido en lo mismo — dijo Pauline.

— ¿Qué le ha parecido el vino tinto? — le preguntó Jules a Philip.

— Me temo que soy una de esas personas que pone el dedo en el borde de la copa cuando el camarero está sirviendo — respondió Philip.

—¿No bebe?

—No.

—Tiene que probar este. Es excepcional. La quintaesencia de un Burdeos del 85.

—No, gracias. No quiero —dijo Philip.

Había un inconfundible aire de desdén en la expresión de Jules, como si su joven invitado fuera un idiota por dejar pasar la oportunidad de probar, sin pagar nada, uno de los grandes vinos de Francia.

—¿Tiene algún problema? —preguntó Jules, con su manera directa de hacer preguntas francas.

—Nada grave —respondió Philip—. Simplemente no me gusta. Pauline acudió rápida al rescate de Philip.

—Como puede ver, mi marido es un apasionado del vino. Philip ha venido a escribir un guion para Casper Stieglitz —explicó. Jules, poco interesado, asintió.

Pauline no se rindió.

—Las piernas que Reza Bulbenkian amenazó con romper eran las de Philip —dijo.

Entonces sí, Jules se giró hacia él, interesado. De repente, su expresión severa se transformó en una amplia sonrisa; la rigidez se evaporó.

—Así que es usted el autor de *Takeover*. Ya decía que su nombre me resultaba familiar —dijo—. ¿Quién le contó todas esas cosas?

Philip sonrió, pero no respondió.

—Fue extraordinariamente preciso, se lo aseguro. Debe saber que está muy arriba en la lista negra de Reza —continuó Jules.

—Oh, sí, lo sé.

—Es todo cháchara, en todo caso. Reza Bulbenkian no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca. O de hacer que hicieran daño a una mosca.

Philip no estaba tan convencido de eso, pero respondió:

—Seguro.

—Encargar que maten a alguien sale barato, pero hacer que le rompan los brazos o las piernas es muy caro, porque pueden identificarte —dijo Jules.

—Muy curiosa la información que manejas, Jules —dijo Pauline.

—Reza, como sabe —continuó Jules—, es el único que no fue a la cárcel.

—Sí, lo sé —respondió Philip—. No fue a la cárcel porque testificó en contra de sus exsocios.

Jules miró a Philip.

—Me muero de ganas de contarle a Reza que usted ha estado aquí esta noche —dijo con una risa ahogada.

—¿Le molestará?

—Si así fuera, no dirá nada.

Hubo un momento de silencio. Luego, Pauline dijo:

—Philip, si se cambia de hotel o alquila un apartamento, asegúrese de decírselo a la señorita Maple.

—¿La señorita Maple?

—La ha conocido al llegar, cuando firmó en el libro de visitas. Es la secretaria de Jules. Quiero que sepa dónde puedo localizarle.

Philip supo que había pasado la prueba. Sería invitado de nuevo.

—Pauline —dijo otra vez Jules, cabeceando hacia la música para pedirle que volviera a la fiesta. Ella le tomó del brazo.

—Dile a la orquesta que no toque muy alto, Jules. Mata todas las conversaciones. ¿Recuerdas lo que pasó en la fiesta de Rose? La música estaba tan alta que todo el mundo se fue a casa a las once, y ni siquiera habían sacado todavía el pastel de cumpleaños.

—Eso es porque Rose estaba hasta arriba y se olvidó de pedir que lo sacaran —dijo Jules.

—Cariño, no deberías decir eso —dijo Pauline riendo nerviosa—. Pobre Rose. Se moriría si te oyera.

—No dejes que conduzca a casa esta noche —dijo Jules—. No está en condiciones de ir a ningún sitio.

—Ya le he dicho a Blondell que prepare la cama en la habitación de invitados —dijo Pauline.

Jules acarició su mano en señal de aprobación.

—Alguien te ha besado —dijo Pauline.

Sacó el pañuelo del bolsillo de su chaqueta, lo humedeció con la lengua y le quitó la marca de pintalabios de la mejilla.

—Rose —dijo él haciendo una mueca.

Pauline se rio y guardó de nuevo el pañuelo en su bolsillo. Jules le sonrió y volvieron a su fiesta. Philip los miró. Por muy exclusiva que fuera su vida, pensó, estaban casados, eran una pareja, y una pareja fuerte, unida por un largo matrimonio. Eso era lo que quería para sí mismo.

Cuando Philip volvió a su mesa, Camilla Ebury no estaba. Miró hacia la pista de baile y la vio dando vueltas de la mano de un hombre alto, de tez oscura, muy bronceado, un bailarín demasiado bueno —pensó Philip—, como el profesor de un local de tango. Se movía de una manera muy elegante, impecable, su hombro izquierdo ligera y delicadamente vencido mientras llevaba a Camilla por entre los demás bailarines. Camilla reía despreocupada y Philip, para su sorpresa, sintió una punzada de celos, aunque apenas la conocía.

A su espalda, Rose Cliveden, borracha, agitaba los brazos como si dirigiera a la orquesta, y en uno de sus movimientos tiró el vino tinto de la copa sobre su vestido de satén azul. Rose, concluyó Philip, tenía unos cincuenta años, parecía mayor por culpa de la bebida y debía de haber sido muy guapa a los veinte, treinta y cuarenta.

Como si le leyera la mente, Rose dijo:

—Todavía me favorece una tenue luz de tren.

Philip, azorado, se rio.

—Fuera, fuera, maldita mancha —dijo Rose mojando la servilleta en una copa de agua y luego frotando vigorosamente con ella su descolorido vestido de satén azul.

—¿Qué le ha caído? —preguntó Philip.

—Vino tinto —respondió Rose.

—Un tinto demasiado bueno como para ser derramado —dijo Philip—. De la subasta de Bresciani. Château Margaux. La quintaesencia de un Burdeos del 85. *Une grande année*.

—Un fastidio, eso es lo que es —dijo Rose.

De la comisura de la boca le colgaba un cigarrillo. Se lo quitó y lo aplastó en el azúcar moreno, confundiendo el azucarero de plata con un cenicero.

—¡Rose, mira lo que has hecho! —exclamó una mujer al otro lado de la mesa, aunque todos estaban acostumbrados a las cosas que hacía Rose cuando bebía mucho y les parecían divertidísimas.

Rose, ajena, siguió hablando.

—Este vestido me ha costado un brazo y una pierna. La primera vez que me lo pongo; lo he comprado para la fiesta de Pauline.

Se quitó y luego volvió a prenderse, en un ángulo extraño en el lado izquierdo de su pecho, un broche de diamantes. Llevaba joyas anticuadas del tamaño de piedras, con engastes nunca rehechos a la moda del momento. «Cielos, ¿por qué iba a hacerlo?», solía decir con voz de asombro ante semejante sugerencia; y luego pasaba a explicar que la admirada joya había pertenecido a su abuelita o a su mamá, o que la había heredado de su tía Minnie MacComber o de su tía Mildred Waymouth.

—¿Quién es Kippie? —preguntó de repente Philip.

—El hijo difícil. Tenía problemas de cleptomanía. Todas las tiendas de Westwood y Beverly Hills estaban avisadas.

—No sabía que tenían un hijo.

—No lo tienen. Es de Pauline. Muy atractivo. De su primer matrimonio con el imbécil de John Petworth.

—Nunca he oído hablar de John Petworth.

—Le llaman Johnny. A Kippie lo mantienen lejos, escondido en algún sitio de Francia, metiéndose de todo, diría yo. Dejó embarazada a la hija de Madge White cuando solo tenían catorce años. Oh, ¡menudo drama se montó con aquello!

—Está aquí —dijo Philip.

—¿En la fiesta?

—No. En Los Ángeles.

—¿Kippie está aquí? —parecía sorprendida.

En ese momento, Pauline pasó a su lado acompañada por Faye Converse y la ex primera dama.

—¡Pauline! —gritó Rose.

—Oh, por favor —dijo rápidamente Philip, que no quería que Pauline pensara que había estado chismorreando sobre ella.

—Quiero preguntarle a Pauline acerca de Kippie —dijo Rose. Empezó a levantarse con intención de seguir a Pauline.

—¿Le apetece bailar, señora Cliveden? —preguntó él, levantándose también, como si fuera a llevarla a la pista.

—No puedo bailar, aunque sería la mejor pareja con la que usted haya bailado en su vida —respondió Rose.

—Entonces, ¿por qué no puede?

—Tengo un dedo roto. ¿Por qué no se queda aquí y habla conmigo? Camilla le ha monopolizado toda la noche. Ese hijo de puta de Hector se ha deshecho de mí, ¿lo sabía? Cambió las tarjetas de las mesas.

—Sí, sí, ya me lo han contado —dijo Philip, que había oído la historia varias veces y no quería oírla de nuevo.

—Está enfadado porque la orquesta tocó demasiado alto en la fiesta de cumpleaños que celebré para él la semana pasada; todo el mundo se fue a casa antes de que sacaran el pastel de cumpleaños y nadie le cantó el cumpleaños feliz. Le encanta ser el centro de atención. Por eso no me habla.

—No lo veo como un problema de vida o muerte —dijo Philip. Rose, sorprendida, miró a Philip un instante.

—Pásame esa botella de tinto, ¿quiere? Si tengo que esperar a que los camareros me sirvan, puedo pasarme así una hora. Entonces, ya que mis problemas no son importantes, dígame, ¿de qué quiere que hablemos? —Levantó la vista y vio que Pauline volvía. — ¡Oh, Pauline! —gritó.

—Dígame, señora Cliveden, ¿cómo fue el polvo con Jack Kennedy? —preguntó Philip, evitando que hablara con Pauline sobre Kippie.

—Oh, maravilloso, simplemente maravilloso —respondió Rose. Se volvió hacia él, prestándole toda su atención—. Era tan atractivo, tan atento y tan apasionado. Hasta que se corrió y ya no soportó que lo tocara más; ni una pizca de cariño justo cuando una chica más lo necesita, cuando se ha acabado lo pasional, quiero decir. Le puse la mano en la espalda mientras se calzaba y, simplemente, me rehuyó. Es esa culpa católica de los irlandeses. Todos los irlandeses la tienen.

De repente, miró a Philip y tomó su tarjeta de mesa.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me hace tantas preguntas?

—Aquí estás, de vuelta a tu mesa —dijo el hombre de tez oscura, retirando hacia atrás la silla de Camilla Ebury—. Nunca me han interesado mucho las flores de color púrpura, pero mira qué maravillosamente bien las ha dispuesto Pauline, mezclándolas con el rosa. Es perfecto.

—Eres un mierda, Hector Paradiso —dijo Rose, altiva.

Hector ignoró deliberadamente a Rose.

—Hector, este es Philip Quennell, del que te he estado hablando. Hector Paradiso —dijo Camilla.

—Encantado —dijo Hector—. Oh, mira, ahí está Pauline. Le prometí este baile —y se fue.

—Pensé que iba a bailar conmigo —dijo Camilla tomando del brazo a Philip—. No te importa prestarme al señor Quennell, ¿verdad, Rose? Venga, vamos.

Lo levantó del asiento y lo condujo a la pista de baile.

—Creo que Rose va a empezar a encontrarse mal muy pronto,

así que mejor desaparecer para no tener que ayudarla.

—Así que el latino con el que ha estado haciendo piruetas es el prestidigitador de tarjetas Hector Paradiso, ¿no? —preguntó Philip mientras se dejaba llevar a la pista.

—Sí, ese es Hector. Es uno de esos hombres que nunca abandona la pista de baile.

—Todas parecen rendidas a él —dijo Philip.

—Sí, supongo que, de alguna forma, así es —dijo Camilla—. Él y Rose no se hablan, pero en el fondo son muy amigos.

—Entiendo. Tiene un dedo roto.

—Rose siempre tiene algo roto. Se cae mucho.

—¿Qué es lo que ven todas en Hector?

—En realidad, es la mascota de Pauline. Pauline lo adora. La hace reír y le cuenta todos los cotilleos. Dicen que Hector está enamorado de Pauline, pero yo no lo veo así. Solo son amigos muy cercanos.

—¿Por qué me da la sensación de que debajo de todo ese encanto latino y ese chachachá lleva una vida muy complicada?

—Creo que es justo decirle que Hector Paradiso es mi tío.

—Madre mía, es la segunda vez en quince minutos que meto la pata. ¿Quiere que la lleve de vuelta a la mesa?

—No, pero no me importaría que bailara un poco más cerca. Así, mejor. Debía volver a casa con Rose, pero no pienso conducir montaña abajo con ella en ese estado.

—No se preocupe. Se queda aquí esta noche. Blondell ya ha preparado la cama en la habitación de invitados.

—Sin duda sabe mucho para ser nuevo aquí.

—Cierto.

—También es bastante buen bailarín.

—Gracias.

—Le he pedido a mi tío Hector que me lleve a casa, pero dice que quiere quedarse hasta el final y hablar de la fiesta con Pauline.

—Entre nosotros, creo que Pauline y Jules van a preferir que-

darse a solas cuando la fiesta termine —dijo Philip—. Kippie ha vuelto a la ciudad.

—¿Kippie? ¿En serio? ¿Cómo diablos sabe eso?

—Simplemente lo sé.

Camilla asintió y lo miró, sin perder el ritmo de los pasos de baile.

—Quizás Hector tiene una cita más tarde y no me lo ha querido decir. No sería la primera vez. Sabe Dios dónde acaba Hector cuando se terminan las fiestas.

—Hábleme de Kippie.

—Guapo. Pelo demasiado largo, o así lo tenía la última vez que le vi. Siempre metido en problemas. Dejó embarazada a la hija de Madge White cuando solo tenían catorce años. ¡Vaya drama fue aquello! Se droga. O se drogaba, no sé ahora. Ha estado en un centro de rehabilitación en algún lugar de Francia.

Era la clase de respuesta que le gustaba a Philip.

—Concisa —dijo.

—¿Cómo?

—Su respuesta.

—Gracias.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Kippie?

—Sí.

—Creo que tenía tres o quizá cuatro cuando Pauline se casó con Jules.

—Así que ahora tendrá veinticinco o veintiséis —dijo él.

—¿A qué se debe esta súbita fascinación por Kippie?

—¿Sabe? No lo sé —dijo él, y los dos se rieron.

Siguieron bailando. A su espalda, Jules y varios amigos estaban ayudando a Rose, que cantaba a voz en grito la letra de *Camelot*, a dejar la fiesta de la forma más elegante posible. Blondell, la sirvienta de Pauline, estaba esperándola en la puerta de la habitación. Entonces Philip recordó que era su cumpleaños.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Medianoche —respondió ella—. No me diga que tiene *jet lag* y que, en realidad, para usted son las tres de la mañana y tiene que irse a casa. Odio las historias sobre *jet lag*.

Philip se rio.

—No iba a decir eso. Era algo completamente diferente.

—¿Como qué?

—Como ¿qué tal un club soda en su casa?

—Oh, qué travieso.

—¿Y bien?

—La verdad es que necesito que alguien me lleve a casa —dijo ella apartando la cabeza de su mejilla y mirándolo.

—Esperaba que dijera eso —dijo Philip.

Las cintas de Flo #1

«Estaba encantada de ser su amante. El tío estaba casado. Yo lo entendía. No podría haber hecho las cosas que su mujer hacía; todas esas fiestas, toda esa ostentación. Él necesitaba ese tipo de esposa para llevar el estilo de vida que llevaba. Pero yo podía hacer cosas que su mujer no hacía. O sea, el tío tenía una polla como la de un mulo. No muchas chicas pueden manejar eso. Yo sí. Quiero decir, ya sabes, todos somos buenos en algo. En eso es en lo que yo soy buena.»